

El lector tiene delante la vida de un médico humanista que tuvo una gran resonancia en España en general y en Pamplona en particular, donde desarrolló su labor clínica y docente. Lo conocí en un congreso celebrado en Pamplona al que fui con mi padre, Luis Rojas Ballesteros, que presentaba una ponencia y hablaba sobre la “depresión hipersomne”, aquella que se acompaña de una marcada tendencia a dormir. Luego estuve con él en algunas otras ocasiones, en congresos nacionales, compartiendo animadas charlas con el doctor Salvador Cervera, que era su yerno, y me llamó poderosamente la atención su personalidad, su fuerza y simpatía. Mi padre le admiraba mucho. Y recuerdo haber estado con él en Madrid, en seminarios clínicos y simposios.

Al leer el relato de su vida, me viene a la cabeza la importancia que tiene para la persona el *proyecto de vida*. He insistido mucho en varios de mis libros sobre cómo felicidad y proyecto de vida forman un binomio esencial. La vida como programa. Tengo claro que en su seno se hospedan cuatro notas que forman una tetralogía fundamental: amor, trabajo, cultura y amistad. Cuatro argumentos sólidos que bien trabajados nos deslizan hacia el castillo de la felicidad. Como puerta de entrada a todo ello es necesario tener una personalidad bien estructurada. Son, por tanto, cinco ingredientes.

La felicidad absoluta no existe. Es tan compleja la vida, tiene tantas dificultades, son tan variadas las posibilidades de que asomen problemas, sinsabores, traumas..., que parece que el ser humano está siempre en precario. Debemos aspirar a una felicidad relativa, que no es otra cosa que una vida lograda: aquella en la que se le ha sacado a la existencia el mayor rendimiento posible, luchando contra viento y marea por superar las adversidades en sus distintas modalidades y versiones. La vida es una tarea rica y compleja, en donde uno

diseña “lo que va a ser de mí”. Yo soy un programa, un esquema, un bosquejo, una ilusión con fundamento que se va desplegando a medida que pasan los años y en donde nos vamos exponiendo con nuestra conducta que hemos ido forjando con esos cuatro pilares fundamentales, que forman un guion temático, que se concreta en elecciones específicas que uno ha ido haciendo del enorme repertorio de posibilidades que asoman en el paisaje existencial. En las cartas de navegación se describen no solo las líneas de viaje, sino también los puertos. Eso es lo que vemos que hizo el doctor Soto Yarritu. Supo leer las cartas náuticas por donde él navegaba. Sin olvidar que mares tranquilos no hicieron buenos navegantes.

En cuanto a su personalidad, hay que subrayar que era abierto, comunicativo, cordial, expansivo, sintónico. Llamaba la atención por su forma de ser; no dejaba a los que se aproximaban a él indiferentes. Los psiquiatras sabemos la importancia de esta herramienta de nuestro patrimonio psicológico. Es el sello de la casa; los signos de identidad: una mezcla de herencia, ambiente y biografía. Cuando yo era un adolescente buscaba modelos de identidad y fui encontrando aquí y allá ejemplos atractivos para imitar, que unos se fueron consolidando y otros se diluyeron en la bruma del tiempo por falta de coherencia o de solidez. He recorrido con la mirada lo que se dice de él en el texto. Su silueta psicológica parpadea ante nosotros y hace que nos detengamos en su modo de funcionar con la alegría como uno de sus elementos más destacados. En el universo de los sentimientos la alegría consiste en estar contento con uno mismo y tener una buena proporción entre objetivos y logros. Y esto lo vemos en nuestro personaje. Él transmitía vida, entusiasmo, simpatía, con un gran sentido del humor. Entre sus aficiones destacaba la pasión por volar en avioneta.

Amor y trabajo conjugan el verbo ser feliz. En ambos supo tener un buen balance dibujado de esfuerzos. Fue un médico muy entregado a sus enfermos, en una época en la que el psiquiatra seguía siendo un médico de “los que estaban mal de la cabeza o de los locos o de los enfermos de los nervios”. El giro que ha sucedido a propósito de este tema ha sido copernicano: en las sociedades más modernas el psiquiatra se ha convertido en el médico de cabecera. Quiero contar una anécdota al respecto. Cuando mi padre volvió de hacer su especialidad en Alemania, puso en la puerta de su consulta de Granada una placa en la que, debajo de su nombre, se leía: psiquiatra. Y la gente se preguntaba qué significaba aquella palabra. Algunos decían que se refería a ciertas enfermedades de la piel; otros a enfermedades nuevas y raras... Poco tiempo después cambió ese título y puso: enfermedades del sistema nervioso. Entonces ya todo el mundo entendió de qué especialidad se trataba.

Me ha parecido graciosa la expresión que se decía en Pamplona: “Está para ir a Soto” o “debe visitar a Soto cuanto antes”. Es notable esa identificación de tener algún problema psicológico y asociarlo a la figura de este doctor. Eso da idea de lo conocido que era y de su prestigio profesional.

Se abarloan las ideas y los recuerdos que aparecen en el libro. Las anécdotas y sucesos se agolpan formando una coreografía singular, salpicadas de hechos y dichos. Fue durante muchos años Director del Hospital Psiquiátrico de Pamplona y después de jubilado fue Consultor en la Clínica Universitaria de Navarra. A los pacientes les fascinaba su personalidad, su capacidad clínica y el trato cercano.

En cuanto a la cultura, él la tenía en abundancia. La cultura es la estética de la inteligencia. Un saber de cinco estrellas. La cultura es libertad. Descansa de entrada en la curiosidad de aprender, de mejorar en el conocimiento, que es un verdadero pozo sin fondo. La cultura es el privilegio del conocimiento vivido, la memoria del tiempo o lo que queda después de olvidar lo aprendido. Educar es enseñar a pensar, la cultura consiste en enseñar a vivir. Primero es la urbanidad del pensamiento, después viene la urbanidad de la vida. El doctor Soto sabía de esto. Ahora viene a mi mente el congreso que él organizó sobre la figura del profesor Szondi, sobre el test del destino, que en aquella época despertó tanto interés.

Finalmente, quiero dar una pincelada sobre la amistad. Son tres las notas que se aprietan en su interior: afinidad, donación e intimidad; atracción, magnetismo psicológico, entrega, y, por último, capacidad para abrirse y contar confidencias y los papeles del tesoro escondido. Creo, por todo lo que leo y me dicen de él, que sabía bien que la amistad se cultiva con laboriosidad y dedicación. En la amistad de cierto nivel uno asiste a la existencia del otro y viceversa. Y aparecen en la lista Luis Martín Santos, Antonio Vallejo Nágera (padre de Juan Antonio), Ramón Sarró, Ramón Rey Ardid, Luis Rojas Ballesteros (mi padre, que lo conoció en casa del neurocirujano Sixto Obrador), Pepe Soria, el jesuita Pedro Meseguer... Y, por supuesto, Salvador Cervera, Catedrático de Psiquiatría muchos años en la Universidad de Navarra, que se casó con Choncho, una de las hijas de Federico Soto.

Yo le tengo que agradecer mucho porque en mi última oposición a cátedra medió para que me ayudaran en las votaciones, siempre reñidas y complejas. Por último, quiero destacar de la figura de Alonso Fernández, que fue uno de mis maestros y con el que compartí muchas actividades docentes y clínicas en la Universidad Complutense de Madrid, la expresión que utilizaba para referirse a Federico Soto: “Fue el psiquiatra de la concordia”.

Bien, termino estas líneas de introducción al libro de Marialuz Vicondoa, que con tan buena pluma ha sabido relatar los principales hitos de este psiquiatra

navarro de adopción y santanderino de nacimiento, singular y punto de atracción de muchas de las gentes que se cruzaron con él en su camino. La vida es la gran maestra; es arte y oficio, corazón y cabeza, como reflejaron Stendhal, Descartes, Cervantes y Delibes.

Enrique Rojas

*Catedrático de Psiquiatría  
y Director del Instituto Español de Investigaciones Psiquiátricas.  
Madrid*